

parroquianos que estaban en la tienda se habían enterado. La misma Mad. Jossierand trataba con la mayor confianza al joven. Por lo demás se mostraba severa con los Duveyrier.

—Tener la tienda gratis es algo, dijo: pero yo quiero los cincuenta mil francos.

—Ciertamente, si tú entregas los tuyos, contestó Berta.

Su madre, pareció no comprender la indirecta.

—Los quiero, añadió: ¿lo oyes? Por cierto que debe reirse bien á sus anchas debajo de tierra el tuno de M. Vabre. Pero no le dejaré vanagloriarse de haberme jugado una mala pasada. ¿Es posible que haya en el mundo gente tan canalla? ¡Prometer un dinero que no se tiene! ¡Oh! yo te aseguro, hija mía, que te darán esos miles de francos. ¡De lo contrario, soy capaz de ir á desenterrar al viejo, sólo por tener el gusto de escupirle en la cara!

III.

Una mañana, hallándose Berta en casa de su madre, se presentó Adela muy asustada, anunciando que el señorito Saturnin^o estaba con un hombre á la puerta.

El doctor Chassagne, director del asilo de los Moulineaux, había advertido distintas veces á los padres del joven que no podía tenerle, porque no estaba en él bastante caracterizada la locura; pero un día, al saber que Berta había arrancado una firma á su hermano para sacarle los tres mil francos, temeroso de verse comprometido, resolvió enviarle con su familia.

Su llegada causó espanto. Mad. Jossierand que temía que su hijo la estrangulase quiso hablar con el hombre que le acompañaba. Éste declaró sencillamente.

—El director me ha encargado que diga

á ustedes, que el que está bueno para dar dinero á sus padres, lo está también para vivir en su compañía.

— Pero está loco y nos va á matar.

— No lo estuvo para otorgar su firma, añadió el hombre alejándose.

Saturnino tenía un aspecto tranquilo. Entraba en su casa con las manos en los bolsillos como si volviera de paseo. Ni siquiera despegó los labios para hablar de su estancia en el manicomio. Dió un abrazo á su padre que lloraba, besó á su madre y á su hermana Hortensia, que no las tenían todas consigo, y cuando vió á Berta corrió á colmarla de caricias con la más viva alegría. Esta aprovechó la ternura que la demostraba para anunciarle su casamiento. Ni se incomodó, ni parecía comprender lo que le decían, como si hubiera olvidado sus antiguos furros. Pero cuando la joven quiso bajar á su casa se irritó: poco le importaba que estuviera casada, lo que él quería es que permaneciese siempre con él. Entonces al ver el rostro desencajado de su madre que corría á encerrarse, Berta tuvo la idea de llevarse á Saturnino, pensando que en la tienda no faltaría alguna ocupación para él, aunque sólo fuese la de atar los paquetes.

Augusto á pesar de su repugnancia, cedió

á las insinuaciones de su esposa. Apenas hacia tres meses que se habían casado, y comenzaba á notarse entre ellos una sorda desunión. Era el choque de dos temperamentos, de dos educaciones diferentes, un marido metódico, sin pasión, y una mujer desarrollada en la atmósfera del falso lujo parisiense, viva, propensa á gozar sola como una niña egoísta y mal criada. Así es, que él no comprendía la necesidad de movimiento en ella, sus continuas salidas á visitas, á paseo, á compras; su galope á través de los teatros, de las fiestas y de las exposiciones. Dos ó tres veces por semana iba madame Jossierand á buscar á su hija, y se la llevaba hasta la hora de comer satisfecha de exhibirse con ella, aprovechando los trajes elegantes que no pagaba. Las más vehementes protestas del marido era contra aquel lujo cuya utilidad no comprendía. ¿A qué fin vestirse con una magnificencia superior al estado de su fortuna? ¿Qué necesidad había de gastar de aquel modo un dinero necesario á su comercio? Con frecuencia decía, que las que vendían seda á otras mujeres no debían usar más que lana; pero Berta tomaba entonces el aspecto feroz de su madre, preguntándole si quería que anduviera en cueros, y le desarmaba exponiendo que

en cambio como era verdad apenas gastaba en ropa interior.

—Prefiero que me tengan envidia á que me tengan lástima, decía. El dinero es el dinero, y cuando he tenido uno siempre he dicho que tenía dos.

Berta adquiría por momentos en el matrimonio el sistema y los procedimientos de Mad. Jossierand. Ya no era la joven indiferente y sumisa ante los bofetones maternos: era una mujer llena de caprichos, con la firme voluntad de someterlo á su deseo. Augusto la contemplaba á veces asombrado de aquella prematura madurez. Al pronto había gustado el placer vanidoso de mostrarse como una reina detrás del mostrador ostentando con un traje estudiado una modestia elegante. Después se aburrió del comercio, la inmovilidad la mortificaba, decía que iba á caer enferma; pero se resignaba dándose aires de víctima, sacrificando su propia vida á la prosperidad de la casa. A partir desde entonces, comenzó entre ella y su marido una lucha continua. Cuando volvía la espalda, se reía de él, como su madre hacía con su infeliz marido; repetía las riñas domésticas que desde su primera edad estaba acostumbrada á presenciar en su casa, le trataba como á un hombre sin más deber

que el de pagar, y le miraba con el desprecio al sexo masculino que le había inspirado su madre y era como la base de su educación.

—¡Ah! ¡mamá tiene razón! exclamaba siempre al final de las disputas.

A pesar de todo, Augusto procuró desde el primer momento complacerla. Deseaba la paz, maniaco como un viejo, acostumbrado á su antigua vida de soltero casto y económico, aspiraba á formarse un hogar tranquilo. No bastándole la habitación que tenía en el piso entresuelo, alquiló el piso segundo interior, y creyó haber hecho una locura gastándose cinco mil francos en amueblarlo. Satisfecha Berta al principio con su gabinete de tuya y seda azul, le miró con desdén, después de una visita que hizo á una antigua amiga que se había casado con un banquero. Las reyertas no tardaron en suscitarse con motivo de las criadas. La joven acostumbrada á domésticas que trabajaban como bestias teniendo tasada la comida, exigía de ellas trabajos extraordinarios que no podían desempeñar, y las pobres se pasaban buena parte del día llorando en la cocina. Augusto, poco sensible, cometió un día la imprudencia de entrar á consolar á una de ellas, y se vió obligado á

despedirla poco después ante los sollozos de su mujer que le exigía á gritos que eligiese entre ella ó la criada. Pero después entró á su servicio una muy ladina que hacía todo lo posible para que no la echasen. Se llamaba Raquel, y debía ser judía, pero lo ocultaba y no quería indicar el pueblo de su naturaleza. Era una muchacha de veinticinco años, de rostro serio, de gran nariz y de cabellos muy negros. Berta anunció que no toleraría que estuviese en su casa dos días; pero ante su muda obediencia, su aire de comprenderlo todo y de no meterse en nada, fué poco á poco cediendo y la conservó por sus buenas cualidades, y también porque la infundía miedo. Raquel que aceptaba sin chistar las más rudas tareas, comiendo poco y mal, iba tomando posesión de la casa, con los ojos muy abiertos, la boca cerrada, y segura de que llegaría la hora en que su ama se vería obligarla á no negarle nada.

Por lo demás, en la casa, desde el portal hasta el piso donde dormían los domésticos, había sucedido la más completa calma, á las emociones producidas por la brusca muerte de M. Vabre. En la escalera se notaba el antiguo recogimiento, ni el más leve ruido se oía detrás de las puertas de caoba siempre cerradas. Corría el rumor de que Duveyrier se

había reconciliado con su esposa, y en cuanto á Valeria y Teófilo, no hablaban con nadie, pasando por delante de todos muy tiesos y muy dignos. Jamás había acusado aquella casa una severidad de principios más rigida. M. Gourd con su gorro griego y sus zapatillas, la recorría con aire solemne.

Una noche poco antes de la once, no hacía Augusto más que acercarse á la puerta de la tienda, asomar la cabeza, y escudriñar la calle. Una impaciencia que á cada instante iba en aumento parecía dominarle. Berta á quien su madre y su hermana se habían llevado después de comer casi sin dejarla tiempo de tomar los postres, no volvía después de una ausencia de tres horas, á pesar de su formal promesa de retirarse antes de la hora de cerrar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! dijo al fin cerrando los puños con rabia.

Parándose delante de Octavio que estaba poniendo etiquetas á unas piezas de seda, porque á aquella hora ya no entraba nadie y se dejaba abierto para arreglar la tienda:

—V. debe saber, le dijo, adonde han ido mi mujer y su madre.

Octavio alzando los ojos con aire inocente y como sorprendido:

—Pues qué, no recuerda V. contestó, que

lo dijeron al marcharse. Han ido á una conferencia.

—¡A una conferencia! ¡á una conferencia! murmuró el marido. ¡La conferencia acaba á las diez...! ¿No debían estar ya de vuelta unas mujeres honradas?

Después continuó paseándose, dirigiendo oblicuas miradas al dependiente, de quien sospechaba que era cómplice de aquellas señoras ó por lo menos encubridor. Octavio por su parte le miraba también á hurtadillas, no sin cierta inquietud. Jamás le había visto tan nervioso. ¿Qué le pasaba? Al volver la cabeza hacia el interior de la tienda, vió á Saturnino que limpiaba un espejo con un trapo empapado en espíritu de vino. Poco á poco iban encargando al loco trabajos domésticos para que al menos ganase lo que comía. Aquella noche brillaban los ojos de Saturnino de un modo extraño. Se acercó á Octavio con disimulo, y le dijo en voz baja:

—Hay que desconfiar de él... Ha encontrado un papel y lo ha guardado en el bolsillo... Mucho ojo, si es de V.

Y se volvió á frotar el espejo. Octavio no comprendió. El loco le manifestaba desde hacia algún tiempo un singular afecto, parecía la caricia de un animal cediendo al instinto de las lejanas delicadezas de un senti-

miento. ¿Por qué le hablaba de un papel? Él no había escrito ninguna carta á Berta, sólo se permitía dirigirla tiernas miradas, aguardando la ocasión de hacerla algún regalito. Después de maduras reflexiones, había adoptado esta táctica.

—¡Las once! ¡Voto al diablo! exclamó bruscamente Augusto que jamás pronunciaba la más sencilla interjección.

Pero en aquel momento entraron las tres señoras. Berta llevaba un lindo traje de seda rosa con adornos de azabache blanco, mientras que su hermana siempre de azul y su madre siempre de malva, conservaban sus vestidos tan trabajados, tan vistosos y tan recompuestos. Mad. Jossierand entró la primera, imponente y resuelta á acallar en el acto las quejas de su yerno, que las tres habían previsto en un consejo que habían celebrado en la calle poco antes de llegar. Hasta se dignó explicarle la tardanza pretextando que se habían entretenido mirando algunos escaparates. Por lo demás, Augusto que se puso muy pálido, no formuló la menor queja: respondía con sequedad; se conocía á la lengua que se contenía y esperaba. La madre que presentía la tormenta con su experiencia respecto de las riñas conyugales de última hora, trató nuevamente de intimidarle,

y después obligada á retirarse se contentó con decir:

— Buenas noches, hija mía. Que duermas bien. Es lo más necesario si quieres vivir mucho tiempo.

En cuanto partieron, Augusto que no podía más, olvidándose de Octavio y de Saturnino, sacó del bolsillo un papel arrugado, y presentándoselo á Berta, dijo ahogándose de rabia:

— ¿Quieres decirme que es esto?

La joven que aún no se había quitado el sombrero, se puso muy colorada:

— Eso... contestó; eso, es una factura.

— Si por cierto, una factura y de cabellos postizos. ¿Puede darse cosa igual? ¡cabellos! Acaso no tienes bastantes en la cabeza. Pero eso es lo de menos... lo que importa es que has pagado la factura... ¿con qué la has pagado?

La joven más y más turbada, acabó por responder:

— ¡Toma! con mi dinero.

— ¡Con tu dinero! ¿En dónde tienes tu dinero? O te lo han dado ó lo has cogido del cajón. Además... lo sé todo... has contraído deudas. Toleraré cuanto quieras, todo menos las deudas, ¿lo oyes? ¡deudas nunca!

Y acentuó la frase con todo el horror de

hombre juicioso, con toda su honradez comercial que consistía en no deber nada á nadie. Después se desahogó echando en cara á su mujer sus continuas salidas, sus visitas, sus trajes y su lujo que no le era posible sostener. ¿Era razonable en su situación, estar fuera de casa á las once de la noche con un vestido de seda rosa adornado con azabaches blancos? La mujer que tenía aquellos caprichos, debía aportar al matrimonio quinientos mil francos de dote. Pero él sabía bien quién tenía la culpa de todo, su imbécil madre que no había enseñado á sus hijas más que á derrochar fortunas, sin tener siquiera para comprarlas una mala camisa que ponerse el día de la boda.

— No hables mal de mamá, gritó Berta irguiendo la cabeza. Nada tienes que echarle en cara, ha cumplido su deber... ¡Y tu familia! ¿Acaso no es vituperable? Unos hijos que han matado á su padre.

Octavio continuó su tarea, procurando afectar que no oía nada. Pero seguía las peripecias de la riña y observaba á Saturnino que, sumamente agitado, había cesado de frotar el espejo y estaba con los puños cerrados, con los ojos fuera de sus órbitas, pronto á caer sobre el marido y á estrangularle.

—Dejemos en paz á nuestras familias... dijo el último... harto tenemos con nuestros propios asuntos. De todos modos vas á cambiar de vida, porque estoy resuelto á no dar un solo céntimo para esas fruslerías. Es una resolución formal. Tu puesto está aquí, en el mostrador, y vestida con un traje sencillo, como las mujeres que se respetan... ¡Y como hagas deudas nos veremos las caras!

Berta se sentía agobiada por aquel golpe brutal contra sus costumbres, sus placeres y sus trajes. Aquello era separarla de todo cuanto quería, de todo cuanto había soñado realizar al casarse. Pero con una táctica femenil ocultó la herida que manaba sangre, dió un pretexto á la cólera que llenaba su pecho, y repitió con la mayor violencia:

—No, y mil veces no, no consentiré que insultes á mi madre.

—Tu madre, dijo Augusto encogiéndose de hombros... mira, precisamente te pareces á ella, te pones tan horrible como ella cuando te enfadas... ¡Oh! ¡No te reconozco... es ella, no eres tú, y me das miedo!

Berta se calmó, y dijo:

—Anda, anda á repetir á mi madre lo que acabas de decir, y verás cómo te echa con cajas destempladas.

—¿Crees que me echará? dijo Augusto

furioso. Pues bien, vamos á verlo... ahora mismo voy á subir.

Y en efecto se fué. Ya era tiempo de que se alejara, porque Saturnino, con ojos de lobo, avanzaba traidoramente por detrás de él con ánimo de estrangularle. La joven se dejó caer en una silla, murmurando:

—¡Ah! Dios mío... ¡si pudieran hacerse las cosas dos veces, que me lleve el diablo si volvería á casarme con ese hombre!

En el piso tercero M. Jossierand, muy sorprendido abrió la puerta, porque Adela se había ido ya á acostar. Como precisamente se sentaba á la mesa del comedor con ánimo de pasar la noche escribiendo fajas, á pesar del mal estado de su salud, se vió muy apurado, y hasta tuvo vergüenza de que le sorprendiera su yerno en aquella ocupación. Pretextó que se trataba de un trabajo urgente, de una copia del último inventario de la cristalería de San José; pero cuando Augusto, sin andarse en rodeos, acusó á su hija de que contraía deudas y le contó toda la escena á que había dado lugar la factura de los cabellos postizos, se apoderó un temblor del pobre hombre y balbuceó algunas palabras, herido en el corazón y con los ojos anegados en lágrimas. ¡Su hija con deudas! ¡Viviendo como él mismo en medio de con-

tinuas riñas domésticas! Por lo visto iban á renovarse todas las desdichas de su vida en su hija. Al mismo tiempo le asaltaba otro temor, temía á cada instante que su yerno le hablase de dinero, que reclamase el dote, acusándole de ladrón. Sin duda el joven estaba enterado de todo, cuando de aquel modo y á las once de la noche se presentaba en su casa.

—Mi mujer se está acostando, dijo, con la cabeza trastornada, y es inútil enterarla... ¿no es verdad? Pero, ¡válgame Dios...! ¡Me cuenta V. unas cosas! Y sin embargo, esa pobre Berta no es mala, se lo aseguro á V. Sea usted indulgente... yo la hablaré. En cuanto á nosotros, crea, querido Augusto, que no hemos hecho nada que pueda disgustarle...

Y le miraba, tranquilizándose al pensar que, puesto que nada pedía no debía aún estar informado, cuando Mad. Jossierand se presentó. Cubierta con una larga bata blanca, estaba terrible. Augusto, á pesar de hallarse muy sobreexcitado retrocedió al verla. Sin duda había escuchado, porque desde luego dijo:

—Supongo que no viene V. á reclamar los diez mil francos. Aún faltan más de dos meses para que venza el plazo... y cuando

llegue se los entregaremos á V., caballero. Nosotros no nos morimos para librarnos de cumplir las promesas que hacemos.

Este aplomo acabó de anonadar á M. Jossierand. Su esposa continuó batiendo en brecha al yerno, con declaraciones extraordinarias y sin dejarle meter baza.

—No tiene V. tacto, caballero, decía. Cuando por sus exabruptos ponga V. enferma á Berta tendrá V. que gastar el dinero en la botica, y quiera V., ó no quiera, será el pagano. Hace poco me vine persuadida de que iba V. á armar un escándalo. Haga V. lo que quiera, pegue V. á mi hija si le place... mi corazón de madre está tranquilo, porque Dios vela por los buenos y su castigo no se hace nunca esperar.

Augusto pudo, al fin y al cabo, formular sus quejas. Habló de las continuas entradas y salidas de su mujer, de sus trajes, y se atrevió hasta á condenar la educación que la habían dado. Mad. Jossierand le escuchaba con el mayor desprecio, y cuando terminó, dijo:

—Todo lo que V. habla es tan necio que no merece respuesta. Yo tengo mi conciencia tranquila, y esto me basta... ¡Expresarse de ese modo un hombre á quien he confiado un ángel! Ya que me insulta V. no